

ochocientos millones de veces menor que un segundo; de lo que dura la vida del más mínimo hongo que en las cavidades donde se cría, ó en el cuerpo humano, es desprendido á los veinte minutos de una nueva generación; de la duración de una encina mil y mil veces secular, y de los 500 millones (?) de años que hace que nacieron los organismos en nuestra tierra.

Aquí tienes, pues, ¡oh espíritu y corazón humano! aquí tienes tu ciencia y tu ideal positivo; más allá de aquí ni más arriba, renuncia á llegar; bien puedes holgarte con esto y refocilarte en el seno de esta bienaventuranza; porque te es dado formar una idea clara de la longitud de un hongo, y de la mole del elefante, y de la velocidad de la luz, y del tiempo que vive una encina. De muchos animales, serás sin embargo vencido en punto á "representaciones claras"; del podenco, en la sutileza del olfato; del ave de rapiña, en la perspicacia; de la hormiga, en precisión; mas en cambio, como todas y cada una de las especies animales, posees todo lo que comporta tu existencia bipedal y te conviene para sustentar cómodamente tu animal y carnal vida. En consecuencia de su concepto acerca del hombre, NÄGELI declara con crudeza, que los sentidos están destinados *únicamente* para las necesidades corpóreas; pero no están organizados para satisfacer las de nuestro espíritu, y cuando se encargan de esta función, esto tiene lugar por modo accidental y secundario.

El empirista nos dice á cada paso que él se atiene á los hechos. Estamos enterados; mas *hecho* es también, que no debe olvidarse, el que antes mencionamos. La experiencia universal nos enseña este *hecho*: que el hombre conoce las cosas no sólo como fenómenos, que hacen impresión en los sentidos. El simple sentido aprehende sin duda alguna los objetos, sólo en tanto que estos se muestran á sus ojos (esto es, que obran en los sentidos mediante ciertos trámites de orden físico, y se hacen presentes en los órganos cognoscitivos mediante ciertos procesos psicicos y fisiológicos), como el caballo, por ejemplo, aprehende solo como fenómeno exterior, un poema que se le ponga ante los ojos. Mas el hombre, por el contrario, aprehende el individuo que se presenta ante él, —aunque no según la totalidad de su ser y de su acción—no sólo como fenómeno, sino como cosa *existente*, y como *fundamento* del fenómeno; los límites de la aprehensión ó experiencia *meramente* sensitivas, circunscriben, pues, su conocimiento. Conociendo el ser conoce juntamente el principio contenido en él, llamado principio de contradicción (ninguna cosa puede ser y no ser al mismo tiempo), y el principio de causa (no hay efecto sin causa), etc. La necesidad con que de acuerdo con la experiencia admite estos principios como universales y siempre ab-

solutamente firmes, no es ciertamente subjetiva, sino se da en el orden mismo de las cosas, donde las reconoce y considera el entendimiento. Estos son hechos de *experiencia*, claros como la luz del sol, ante los cuales sin embargo nuestros modernos caballeros andantes, que discurren con la fantasía en el terreno de las ciencias filosóficas, han levantado tan grandes torbellinos de polvo, que se hace necesario mostrárselos expresamente. Todas las modernas tentativas y explicaciones, no han sido poderosas á alterarlos; la humanidad entera vive respetándolos. Gracias á estos *hechos* el hombre es elevado naturalmente á las regiones del propio *pensamiento* inquisitivo, el cual, como el impulso que mueve las olas levantándolas unas en pos de otras, así suscita constantemente cuestiones sobre cuestiones sin sosegar jamás hasta tocar en los últimos y más hondos fundamentos. La filosofía que dice *ne ultra*, precisamente donde la naturaleza quiere ir más allá, no consigue otra cosa sino hacerse despreciable. Y lo que se dice del *ser*, vale asimismo de la substancia. Mucho tiempo antes que instruyese al hombre la ciencia sobre la acción y procedimiento según el cual los objetos externos llegan á ser conocidos de los sentidos, y mucho antes que el hombre supiese lo que dispone al órgano de la sensibilidad al acto de sentir, posee ya la íntima persuasión, que aquello que ve, ó que toca ó gusta, no son meros fenómenos, simples accidentes, sino *substancias*; y se necesita de toda la agudeza del pensamiento filosófico para reconocer en los meros fenómenos y accidentes el ser ó entidad que tienen. Puede decirse, por tanto, que no hay criatura racional que no haya saltado desde el principio la barrera en que había de detenerse si hiciera caso del empirismo. Este último no puede por tanto aspirar al nombre de ciencia, pues así desatiende los hechos fundamentales que supone el humano conocimiento; porque así pretende aniquilar la atmósfera de donde toda ciencia recibe el propio aliento vital; porque así, en fin, hace de la humana experiencia una cosa enteramente sensible como lo es en el animal, más no como realmente es en el hombre.

25. A este punto de vista del empirismo, es pues consiguiente el no estimar otra realidad que la puramente sensible; y así bien pudo GODOFREDO KINKEL, que procedía de la época del "ideal", describir los tiempos posteriores, *ilustrados* por la reputada ciencia de la naturaleza, en estos rudos términos:

« Wir Alten haben uns mehr als reich
Mit Idealem herumgeschlagen;
Dafür reitet diess junge Geschlecht
Doch auch gar in sehr auf dem Magen »¹.

¹ «Nosotros los que somos ya viejos, hemos tenido el honor de vivir en la atmósfera del ideal; mas he aquí una nueva raza que cifra toda su gloria y bienaventuranza en el vientre.»

Si el empirismo llevara razón, adios inteligencia, adios ciencia. La ciencia de la naturaleza se negaría á sí misma, si dejara de buscar, si no se propusiera por objeto explicar los hechos naturales en su necesaria y universal consonancia y armonía. "Debemos esforzarnos, dice el profesor Helmholtz, nada sospechoso por cierto, "á *aprehender* la naturaleza; no tenemos otro medio para sujetarla al dominio de nuestro entendimiento; debemos pues partir en la investigación de esta idea: que los fenómenos son realmente aprehendidos ¹." Ya hemos notado que la ciencia de la naturaleza no puede acometer *esta* obra sin elevarse á aquel punto de vista desde el cual, con una mirada del espíritu, aplica al mundo real la Metafísica.

Pero aún no basta esto al espíritu humano, el cual se siente impulsado á concluir el círculo de la verdad, que sólo en mínima parte se puede alcanzar en este mundo visible, pensando en un conocimiento perfecto del universo. Este pensamiento no es la construcción *à priori* del universo en el sentido del fundador de la filosofía alemana, sino sólo consiste en seguir la luz que irradia en los esplendores del mundo real hasta llegar á aquel sol eterno de donde procede todo sér y toda verdad. La ciencia de la naturaleza no puede, por consiguiente, tener á su cargo en ningún caso el presentarnos un concepto y explicación acabada de las cosas naturales y del mundo. Si nosotros queremos formarnos una idea del mundo, no nos bastará para este intento conocer los *fenómenos*, ni consultar exclusivamente á la ciencia de la naturaleza. La investigación científica ó causal de la naturaleza quiere, cierto, moverse solamente en el círculo de los fenómenos naturales. "El que desea conocer la naturaleza", dice muy bien WIGAND, "el que se figura hallarse en el camino mejor para conocerlo todo en la naturaleza, se parece á un mancebo, que montado en un caballo de madera, movido en torno de un eje, se figura estar recorriendo el mundo: á entrambos, sin embargo, al investigador y al muchacho, no les pasa otra cosa sino ser movidos en círculo; el segundo, sobre el eje donde se encuentran fijos él y su caballo de palo, colocados en dirección oblicua; el primero, sobre los hechos á que se halla encadenado por el carácter empírico y mecánico de la ciencia ²." Para poder en cierto modo aprehender el universo, debemos de considerar especialmente la *esencia* de las cosas, conviene á saber, la razón y fundamento de todo fenómeno y de toda acción, aquello que está sobre y debajo de todo fenómeno. Para esto no sirven el microscopio

¹ *Manual de fisiología* (en alemán), optic. Leipzig, 1867.

² *El darwinismo* (en alemán), vol. 2, pag. 253.

ni el telescopio; aquí están demás las retortas y los cálculos astronómicos. El sér esencial de las cosas no es objeto de los sentidos, sino de la razón. Precisamente porque la razón humana no conoce la esencia de las cosas sino por medio de los respectivos fenómenos, y porque el conocimiento de la naturaleza dispone al hombre para el estudio de la Metafísica, se hace necesario el conocimiento de la naturaleza. Lo cual no impide, que tratándose de la última y más profunda razón y fundamento de las cosas, sea tan sólo una base y punto de partida de importancia secundaria un conocimiento más amplio del objeto propio del investigador natural. "El hallar aquí el camino recto, observa el P. KLEUTGEN, pende cierto del conocimiento empírico de la naturaleza, pero pende *todavía más* de los principios metafísicos y de la sagacidad con que deben ser juzgados, según estos principios, aquellos hechos. Así puede muy bien suceder, que un pensador que parta de principios rectos y los mantenga incólumes, obtenga en el orden especulativo, basado en la experiencia, resultados mucho más importantes que aquel que parte de algún error de entendimiento, y que al tiempo de hacer uso de la materia que en gran copia le proporciona una experiencia más extensa y prolija, es guiado de aquellas preocupaciones á que con tanto gusto se da el nombre de presuposiciones metafísicas ¹."

26. ¿Qué hará pues la ciencia de los empiristas si quiere contrariar el noble impulso que mueve al espíritu humano á rebasar los límites del mundo de los sentidos? ¿Será por ventura osada á desconocer esta noble tendencia, ó no llegará por ventura á tal extremo? Una simple mirada á la cultura moderna nos enseña de qué modo el empirismo, con sus efectos extraordinariamente encantadores, incita á la muchedumbre de sus adeptos á fabricarse, mediante la aplicación de la imaginación y del sentimiento á los hechos de la experiencia, ó mejor dicho, á soñar una concepción más profunda de la naturaleza y de la vida, que no la construya ni moleste, y que á ellos les consienta fijarse en "ideales", que esta joven raza ha ido á buscar en las regiones de que habla Kinkel.

¿Qué decir á todo esto? En este horrible abuso nosotros percibimos un como grito de angustia, lanzado por la naturaleza humana, así comprimida, que no sufre ahogarse bajo el peso de la materia. Aquel término á donde el espíritu humano se dirige como á su propio elemento vital, y á donde se encamina la ciencia como á su ideal supremo, es el conocimiento de este mundo real, de que hace parte el hombre, en sus últimas razones y en su fin último: ¿y

¹ *Filosofía antigua* (en alemán), n. 646.

será razón que en lugar de este fin se abraza el hombre con los delirios del sentimentalismo como única realidad suprasensible? Cosa extraña! ¡Aspira el alma á conocer, y se la obliga á hacer poesía; tiene hambre y sed de verdad, y se la induce á dar valor á concepciones de las que luego debe decirse á sí misma, que son sueños é invenciones! Verdaderamente no habría en el mundo ningún ente capaz de sufrir la horrenda burla que habría sufrido el hombre, si en llegando á los límites de lo que percibe con los sentidos, no pudiera hacer otra cosa que presentir y fantasear y alimentarse de poéticos ensueños.

27. Digase ahora lo que se quiera de aquella filosofía que se acabó de formar con el auxilio de la verdad católica; pero sus mayores contrarios tienen que confesar, que tenía del hombre un concepto más digno y más noble que el que tiene de él esta sabiduría empirista que ora le pone, permítasenos decirlo, al nivel de los brutos animales, ora, cuando más lo levanta, le reduce á una máquina de calcular, y sobre la suposición de no sabemos qué pensamiento metafísico-religioso, á la condición de un fanático sentimental, de un insensato soñador. Pocas palabras bastan para probarlo.

La filosofía antigua consideraba al hombre tal como es en sí, no solamente en lo que tiene de ser animal, sino también en su parte espiritual. Reconocía sin vacilar, que no sólo percibimos con los sentidos el respectivo objeto en sus fenómenos individuales, sino además conocemos en él el sér, la ley, la unidad, la fuerza, la substancia, y en suma, todo lo que en él se nos representa por medio de conceptos universales ¹. De aquí haber sido la antigua filosofía tan benemérita de la dignidad del sér y de la razón, singularmente el principio de causalidad en su valor absoluto, independiente de todo conocimiento sensitivo, principio sin cuyo conocimiento, como ya hemos visto, no puede el hombre cultivar mejor que la "astuta, zorra, ó el "discreto, elefante, la ciencia de la naturaleza. Acaso esta breve noticia de nuestra facultad de conocer parezca muy insuficiente, y acaso también parezca que el humano conocimiento no se distingue á primera vista del de los animales sino al modo como se distingue un grano de semilla grande de otro pequeño; mas considérese bien el desarrollo de este grano pequeñito, contémplesse bien la riqueza de la inteligencia,

¹ *Sensus, dice Santo Tomás, non est cognoscitivus nisi singularium: cognoscit enim omnia sensitiva potentia per species individuales, cum recipiat species rerum in organis corporalibus; intellectus autem est cognoscitivus universalium. Sum. c. gent. lib. 2, cap. 66. Véase Sum. theol. 1, q. 57, a. 5, y q. 85, art. 1 y 3.*

tal como se manifiesta en el progreso de la cultura y de la industria, en la política de los pueblos y en la vida de la humanidad, ora corroída por el vicio, ora elevada y engrandecida por la virtud, y dígase si la inmensa diferencia entre el hombre y el animal, puede fundarse en otra cosa sino en poseer el hombre una facultad *espiritual* de conocer, de que los brutos carecen absolutamente. No se contenta el espíritu humano con el conocimiento de los seres individuales; quiere conocerlos además como efectos de sus respectivas causas, y en sus relaciones con el todo á que pertenecen. Cuando su entendimiento concibe lo universal, junto con conocimientos *à posteriori* adquiere una ciencia *à priori*, en la cual esos conocimientos presentan todo el sentido y la importancia que tienen para el hombre. Demás de esto, gracias á ese conocimiento superior, el hombre es *señor* de sus propios actos. Así que no sólo conoce lo que es y lo que sucede, sino también lo que puede y *debe* suceder *por medio de él*. En razón de la relación que tiene con el primer principio de todo sér y de todo orden, siéntese ligado en lo más íntimo de su sér, ó sea *obligado*. Y pues en fuerza de universales conceptos y relaciones puede conocer las leyes del orden moral y las relaciones de sus actos y omisiones con ellas, estréchale la necesidad de penetrar en el orden íntimo de las cosas, no sólo para descansar en su contemplación, sino también para obrar de conformidad con sus leyes. "Las inclinaciones y los actos de los seres irracionales, dice el Padre Kleutgen, están ordenados en esta forma: que el conocimiento que adquieren los seres por medio de los sentidos, va acompañado del *instinto*. Mas tratándose del hombre, la volición y la acción deben ser dirigidas por la razón, lo cual únicamente puede verificarse teniendo aptitud para juzgar en cada caso particular por conceptos universales, ¹. Sin un conocimiento superior al de los sentidos, sólo habría, así en la vida de los individuos como en la de los pueblos, ciegas inclinaciones é instintos, y todo estaría dispuesto para hacer de la sociedad una cueva de ladrones, y del hombre el más torpe y el más cruel y altanero entre todos los animales. Sólo reconociéndose en el hombre, con la antigua filosofía, virtud cognoscitiva superior al sentido, es posible considerarle en su condición sublime, como sujeto que es de ciencia, de libertad y de obligación moral. Excusado es decir, que en punto á Religión, el antiempirismo únicamente es quien puede hablar. ¿Qué cosa es, por ventura, la religión para los sabios que á sí propios se entierran con todo su saber en el sepulcro de los hechos materiales? Ciertamente no es ni puede ser á sus ojos la relación de

¹ *Filosofía antigua, núm. 8.*

dependencia que tenemos de un Dios cuya existencia conozcan ellos con precisión; sino meramente un juego y comercio de frases hipócritas, con unas cuantas ilusiones piadosas, delirios y representaciones sin substancia: un porvenir concebido en forma de ensueño, y puro sentimentalismo. En las tablas de un teatro podrá tener valor semejante religiosidad; mas no se espere que ningún hombre de seso considere esa religión como un factor positivo en la vida real.

Lo dicho basta para probar, que poseemos la facultad de conocer no solamente las cosas que hacen impresión en los sentidos, sino también las que hay más allá del mundo de los fenómenos sensibles.

A esto se opondrá, que es tan reducida la suma de las cosas susceptibles que podemos conocer, que apenas merece ser tomada en consideración por la ciencia. Examinemos este punto con la diligencia que exige su más exacta resolución.

§. VII

La filosofía natural está limitada por una manera semejante á la de la ciencia de la naturaleza.

28. Que tiene límites el conocimiento metafísico que puede adquirir nuestro entendimiento, es un hecho que precisamente son los primeros en reconocer aquellos que más se ejercitan en este orden de pensamientos y estudios. La Metafísica no deja de inculcar lo que en cada cosa debemos presuponer como existente, para que se atribuya el valor que les corresponde á los hechos; instrúyenos con certidumbre sobre el primer principio y sobre el fin último; nos da una idea recta y universal del mundo, y nos declara su valor y significación sin contradecirse jamás, pero no de manera que resuelva todos los problemas y responda á todas las preguntas que pueden hacérsele; por el contrario, cualesquiera que sean la antorcha que nosotros encendamos, y el mundo particular que alumbremos con ella, siempre tendremos ante los ojos un horizonte cubierto con las sombras de la noche. Aquí se ve confirmada aquella antigua sentencia: que toda nuestra ciencia es un fragmento, y que sólo vemos por enigmas y como en un espejo¹. Pero si de buena gana reconocemos los límites de la Metafísica, en cambio no podemos menos de contradecir á los que pretenden neciamente que debemos renunciar á toda sabiduría, porque hay

¹ Epístola primera á los Corintios, 13, 12. Muy bien dice el sabio de la Antigua alianza: «No hay que quitar ni que añadir en las admirables obras del Señor, ni hay quien pueda comprenderlas. Cuando el hombre hubiere acabado, entonces estará al principio». (Eccle. 18, 5, 6.)

muchas cosas que no podemos saber. Nosotros, por el contrario, tenemos por razonable honrar esto poquito que podemos saber, por lo mismo que es tan poco; pero no insistamos en esto: bástenos hacer esta pregunta: ¿Cómo se há con la ciencia el que investiga los secretos de la naturaleza? ¿Es nuestro conocimiento del mundo de los fenómenos otra cosa diversa de lo que es un oasis en medio del desierto? «Figúrome, decía Newton, ser un muchacho que juega á la orilla del mar, y que se entretiene y delcíta encontrando, ora una bruñida piedrezuela, ó bien alguna concha más linda todavía, mientras que el gran océano de la verdad se ofrece inexplorado ante mis ojos.» «Vivimos en tiempos de gigantescos adelantos en el conocimiento de la naturaleza», dice el profesor H. BUFF; «mas por grande que sea la cantidad que cada año se añade á lo ya conocido, la masa de lo que aun resta por investigar, no se disminuye; antes parece que el dominio de lo desconocido crece y se agranda ante la vista, perfeccionada con el ejercicio á medida que nos ha sido dado penetrar en ellos¹». Sería cosa inútil reunir aquí la multitud de testimonios conformes y verdaderamente elocuentes de los mayores sabios: los mismos empiristas de nuestros días se hallan tan distantes de contradecirlos, que antes se esfuerzan por presentar como en relieve los límites del sistema ó conjunto de fenómenos accesibles al sabio observador de la naturaleza. «El entendimiento ávido de ciencia, y que nunca se sacia», dice OTTO LIEBMANN, «de la cual potencia se ha dicho: *L'appetit vient en mangeant*, quiere atesorar tanto más cuanto más ha digerido; cuanto más percibe, tanto más se certifica de que hasta sus últimas explicaciones son problemas que exigen razones nuevas; súcédele lo que á uno que sube á una montaña para ver desde allí el fin del mundo, y que cuanto más alto sube, tanto ve mejor que no lo alcanza á ver²». Es ingenioso lo que dice este mismo sabio al observar, que así en la dirección hacia el máximo como en la que va al minimum en todas las cosas, y desde el átomo hasta el mundo universo, nunca se llega al fin. «Imagínese, dice, una raza de celestes gigantes á manera de dioses epicúreos en los espacios que separan los mundos infinitos. Para ellos, en proporción á sus dimensiones el archipiélago celeste que llamamos *via láctea*, vendría á ser lo que para nosotros un átomo homeopático. Tan escasos de entendimiento podrían ser tales dioses, que no pudieran contener la risa si oyeran decir á algún filósofo que acaso este imperceptible átomo fuera nada menos que un sistema de millones de cuerpos celestes».

¹ *Puerza y materia desde el punto de vista físico* (en alemán), Giessen, 1869.

² *Análisis de la realidad* (en alemán), Estrasburgo, 1879, pág. 411.

Hablando el profesor NÄGELI de los límites del conocimiento científico de la naturaleza (y cierto con magistral claridad y circunspección, con las que desgraciadamente no anda á la par la exactitud de la idea), hálos reducido sobremanera, atendiendo á la capacidad del sujeto de la ciencia, á la cognoscibilidad del objeto de ella, y al conocimiento en que la misma ciencia consiste. Respecto á la capacidad del yo, si hubiéramos de contentarnos con las percepciones de los sentidos, y lo que es más de notar, con un círculo muy pequeño de tales percepciones, las cuales pierden con esto en especialidad, no hay duda sino que el uso de los sentidos los desarrollaría en la dirección conveniente al interés del cuerpo¹. Después, cuando NÄGELI pasa á la consideración del objeto, á la cognoscibilidad de la naturaleza, incurre en el error de trasladar al mundo de los fenómenos la infinidad del tiempo y del espacio ideales. "La naturaleza, dice, es inagotable, porque es eterna é infinita.. Mas prescindiendo de esta falta, el sabio profesor de Munich pone aquí límites efectivamente razonables. ¿Acaso no es una verdad, que desde la humilde partecilla de espacio que ocupamos, sólo nos es dado contemplar una muy pequeña parte del mundo, considerado en su extensión y en la sucesión de sus fenómenos, y que aun con relación á esta pequeña parte sólo poseemos un conocimiento extraordinariamente limitado de las fuerzas, y de las maneras del movimiento? En tercero y último lugar, todavía serian mayores los límites de nuestro conocimiento de la naturaleza á los ojos de dicho profesor, si limitándose nuestra capacidad á *medir* las cosas, unas por otras, ó cada una de ellas por sí, todo nuestro conocimiento fuera puramente matemático y relativo. Por nuestra parte no reconocemos tales límites.

Ahora bien: si á pesar de esos límites tan extraordinarios, y sin duda alguna exagerados, que el investigador debe reconocer, según NÄGELI, en el círculo de sus conocimientos, este sabio concluye con aire de seguridad su discurso con las palabras *sabemos y sabemos*; y si en general los sabios del empirismo, aun después de tener por bien trazados los límites que ponen al cono-

¹ NÄGELI no se expresa correctamente cuando dice que la percepción sensitiva nos da, no ya certeza de la cosa percibida sino sólo una verosimilitud infinitamente grande, la cual consiste en que los errores en que incurran uno ó muchos individuos, siempre sean conocidos como tales, y en que las ciencias naturales, según la medida de sus adelantos, así sepan poner en todo mayor conformidad. Pero si la tal verosimilitud no descansara en otro fundamento fuera de este, dejaría de ser verosimilitud. ¿Quién nos asegura, á la verdad, que los naturalistas todos, y más generalmente aun todos los hombres, no ven con sus sentidos en una cámara oscura imágenes puramente subjetivas que nada tienen que ver con la realidad exterior? La sana lógica nos enseña, por el contrario, que los sentidos han sido ordenados por la naturaleza para manifestarnos las cosas como ellas son, y que de la legitimidad y valor objetivo de nuestras representaciones tenemos verdadera certeza, no verosimilitud.

cimiento de la naturaleza, todavía rechazan indignados la idea de verse obligados á dejar la investigación en el ser en que se está; ¿por qué razón hemos nosotros de reputar imposible el conocimiento intelectual, ni menospreciarlo siquiera, á causa de sus límites? Si en la indagación de los fenómenos naturales enseña la experiencia, que cada paso que se da en el camino de la luz descubre á nuestros ojos nuevas tinieblas, ¿no será razón esperar que "luego al punto que el espíritu penetre en lo profundo.., se presenten asimismo delante de los ojos en todos los órdenes del pensamiento verdaderos abismos, como decía PASCAL? Porque es de advertir, que aquí la claridad, decía por su parte BARMES, es la excepción, y el misterio la regla.

20. Gracias á una sapientísima Providencia, aquellas verdades pertenecientes al mundo suprasensible, cuyo conocimiento nos es necesario en orden á una existencia moralmente elevada y digna del hombre, son iluminadas con claros rayos de luz, y puestas al abrigo de toda duda razonable, mientras que las demás verdades pueden ir desapareciendo sucesivamente en la incierta luz del crepúsculo. Entre aquellas verdades se cuentan la existencia de un Dios, distinto del mundo, é infinitamente superior á él, y que con su justicia galardona á cada uno según sus méritos, y la espiritualidad y la inmortalidad del alma humana. Aun esa circunstancia guarda analogía con los objetos de los sentidos. "Hablando ingenuamente.., dice BUER, "la naturaleza ha sido muy poco pródiga con nosotros; casi no nos ha dado sino lo necesario para la vida, y aun esto en ciertos lugares determinados de nuestro globo, y á menudo sólo de paso... La razón de un número sin comparación mayor, de sus modos de proceder ha llamado en todos los tiempos la atención más solícita y la penetración de los hombres de mayor ingenio, aunque á menudo sin éxito". Como ya hemos visto, el mismo NÄGELI ha puesto en relieve con palabras muy expresivas, que la capacidad perceptiva de nuestros sentidos sólo puede aprehender las cosas y los hechos según el aspecto y conforme á la medida que reclama nuestra existencia corporal. "Tener un sentimiento finísimo de la temperatura, cosa es necesaria para nuestra conservación; sin él sucumbiríamos, sin sentirlos, al frío ó al calor. Otro sentimiento ó percepción finísima de la luz nos es necesario, porque este medio nos proporciona la mejor y más rápida noticia de las cosas que nos pueden hacer bien ó mal. Por el contrario, no tenemos sentimiento alguno de la electricidad que nos rodea; mientras que sentimos la sucesión de la luz

¹ Sobre el desenvolvimiento de las ciencias naturales (en alemán), pág. 3.

y del calor, no sabemos si la atmósfera que respiramos, contiene ó no electricidad, ni si ésta es positiva ó negativa. No era á la verdad necesario tener ningún sentido para percibir la electricidad, porque á la especie humana le es indiferente que algunos individuos mueran ó no cada año de algún rayo. Si el rayo y el relámpago faltasen por casualidad, si además algunas experiencias enteramente fortuitas, que prueban la existencia de una fuerza de atracción y repulsión excitada por medio del rozamiento, no se hubieran hecho, ni siquiera tendríamos idea de la electricidad, ninguna idea de la fuerza que tan notable papel hace en la naturaleza orgánica y en la inorgánica. ¿Qué maravilla pues, que en el reino de la verdad suprasensible *sucedá lo mismo*? ¿Que en él también lo que es *necesario* para una existencia elevada, ética, se halle en todos al alcance de la razón natural, y por el contrario, que lo menos necesario esté sustraído á la curiosidad del individuo, y que otros muchos puntos, cuyo conocimiento codicia mucho la curiosidad natural, hayan sido y continúen siendo objeto de disputas filosóficas? ¿Acaso es maravilla, que el autor de la naturaleza no haya cuidado menos en nosotros de lo que toca al espíritu, que de lo que conviene á los animales? Aquellas verdades suprasensibles que habfan de servir de fundamento á la vida humana, elevada por la virtud, inspiran plena confianza á la razón que brilla en las almas puras, de buena voluntad. No poseen ciertamente, lo confesamos, una evidencia tan refulgente como pudiéramos desear en vista de su extraordinario valor y trascendencia; mas ¿se sigue acaso de aquí que debemos rehusarles el carácter de verdades científicas? No, ciertamente: lo que únicamente se sigue, es que nuestra óptima naturaleza nos obliga á ver de inquirir si por ventura las verdades fundamentales morales y religiosas han recibido en el orden de la autoridad, y por consiguiente de la revelación, el sello de una revelación imponente.

§. VIII

Por qué entre los que cultivan las ciencias físicas hay tantos secuaces del empirismo.

30. Después de haber manifestado la incoherencia y sinrazón del empirismo, todavía debemos contestar á la objeción que pueden hacer algunos diciendo, que siendo cosa tan irracional y anti-científica como humillante el condenar ó menospreciar la Metafísica, ¿cómo es que tantos investigadores de seso se dejan llevar de la corriente formada por esta especie de excepticismo? Pero basta considerar este fenómeno en sus causas para persuadirse

de que ni la existencia ni el gran número de empiristas aprovecha nada al falso sistema que profesan.

La primera de esas razones está en la atmósfera que respiran. Mucha estima y consideración sean enhorabuena otorgadas al concepto científico y á la extensión y fecundidad de los estudios de nuestros sabios analistas; pero la verdad es, que viviendo, como como quien dice, al aire libre, constantemente ocupados con la investigación del mundo sensible, corren más peligro que otros de verse dominados por la poderosa corriente actual, que busca, ante todas las cosas y sobre todas ellas, con menosprecio de las verdades más sublimes, el mundo que se ve y se toca, y que deleita á los sentidos. ¿Qué se sigue de aquí? "Pocas luces nos ha dado la naturaleza con que podamos conocer, decía tristemente Cicerón, y estas pocas luego las extinguimos con malos hábitos y malignos errores; así que la luz de la naturaleza, tal como ella es, clara y refulgente, no brilla en parte alguna. En nuestro espíritu están desde el principio los gérmenes de las virtudes que deberían encaminarnos á la vida bienaventurada; pero poco después de haber nacido, nos damos á un estado de vida corrompida, y abrazamos todo género de errores y opiniones perversas, de forma que el error no parece sino que lo aspiramos con la leche. Hasta los mismos maestros que tenemos, nos inducen á error tantas veces, que la verdad tiene que sucumbir ante las vanas apariencias, y la voz de la naturaleza ante inveterados delirios". Bien mirado, ¿no es acaso esta pintura la fiel expresión de lo que pasa hoy, del paganismo renovado con el nombre de "cultura"? Si demás de esto recordamos con qué grito de triunfante alegría el espíritu materialista del siglo toma por blasón á la ciencia de la naturaleza, comprenderemos muy bien que sabios de gran mérito y muy sesudos hayan perdido el seso hasta el extremo de atribuir á su ciencia—donde suponen que se encierra todo el saber humano—la dirección exclusiva de la humanidad en las vías del progreso.

31. Justo es confesar, que la filosofía moderna ha contribuído sobremanera al movimiento que va á parar al empirismo: la filosofía moderna, decimos, ó sea la que de un siglo á esta parte viene haciendo su oficio de vendedor de ropa vieja con lo más noble que hay en el hombre, las verdades metafísicas. Los que han tenido la paciencia de seguir con el pensamiento á estos celebrérrimos "pensadores", fijándose en el delgado tejido de sus conceptos y considerando el encadenamiento de sus errores; los que contemplan reflexivos las tan renombradas construcciones de

¹ *Quæst. Theol.* III, 1 y 12.

estos famosísimos filósofos, y cómo con los solos elementos de su fantasía levantaron sistema sobre sistema, destruyendo el uno lo que el otro había edificado en forma de monstruosa amalgama; á vista de *tales* resultados del moderno pensamiento, á vista de consecuencias *tan* horriblemente humillantes, tales como no podían menos de seguirse de pecados tan graves contra la verdad, no es maravilla que se inclinasen á desesperar de la posibilidad de *todo* concepto metafísico. "Es opinión, dice NÆGELI, común entre los que se llaman prácticos, que un conocimiento cierto y permanente de los fenómenos naturales, *por regla general es imposible*. Saben muy bien que sus sistemas y opiniones han pasado luego, y se imaginan que las teorías científicas en general son meros ensayos que se aproximan á la inaccesible realidad, y que mudan, cuanto al fondo y la expresión, conforme á las ideas de cada época. Excusado es decir, que este modo de pensar es visiblemente gratuito; tal desesperación nace á vista de los tristes resultados, y es la consecuencia necesaria de falsos métodos ó de ineptitud científica.," Pues lo que NÆGELI dice aquí de la ciencia de la naturaleza considerada como ciencia, eso debe decirse con razón inmensamente mayor de la ciencia que trata de lo *supra-sensible*, ó sea de la Filosofía: la desesperación acerca de ella no procede de concepto alguno capital, sino de los enormes errores que se han cometido en su nombre durante el último siglo, los cuales superan á las mayores monstruosidades que jamás se concibieron. No es esto, por lo demás, una defensa del empirismo, sino una explicación del hecho de haberse extendido tanto.

32. Debemos recordar, en tercer lugar, que al investigador de la naturaleza en quien ha penetrado el aliento materialista del siglo, si además se ha dejado él vencer del horror, harto fácil de explicar, á la filosofía, le es tanto más fácil hacer su morada en el mundo de los fenómenos, cuanto que la asidua investigación de los fenómenos no ayuda ni predispone el ánimo á filosofar; por el contrario, la observación continuada durante largo tiempo, y limitada al estrecho círculo de los fenómenos naturales, llega á embotar la fuerza del espíritu hasta en su aplicación al conocimiento profundo y comprensivo de la naturaleza. Recordamos cierta anécdota que refieren de Faraday, que viene aquí muy al propósito. Después de haber empleado este célebre físico cuarenta años nada menos en estudiar la electricidad, pidióle alguno le dijera *qué cosa* era la electricidad; á lo cual respondió Faraday: "Esta pregunta hubiérais debido hacérmela hace cuarenta años, porque hoy yo no sé ya lo que es la electricidad.," Sin duda este caso pasa ya de la línea de lo ordinario, pero no deja por eso de confirmar lo que decimos. Ahora, si esta reflexión es aplicable

relativamente al conocimiento de los problemas que trata de resolver el investigador natural, ¡cuánto mayor no será su valor tratándose de investigaciones metafísicas! El "filósofo, SCHOPENHAUER, con franqueza más que homérica, ha lanzado en esta materia un fallo que debemos referir con tanta más razón cuanto es más notorio que muchos naturalistas quieren estar de acuerdo precisamente con él. "Cuando entre los que cultivan, dice, las ciencias, cada cual se dedica á una de ellas con exclusión de las demás, sin duda alguna logra distinguirse en ella del vulgo de las gentes; mas con relación á las demás ciencias no deja de hacer parte del mismo vulgo. Cuando á las lenguas antiguas les ocurre ese triste caso, harto frecuente hoy día, de no ser cultivadas, ó de serlo á medias, que es idéntico, la cultura general de las humanidades perece; así acace verse sabios que, fuera de su especialidad, no saben más que si fueran jumentos. Hablando en general, pueden ser comparados los doctos especialistas á aquellos operarios de las fábricas que sólo se ocupan en hacer alguna llave ó el mango de algún instrumento, especie de artificio para el que no dejan de adquirir maravillosa aptitud y habilidad. Pueden asimismo compararse con un hombre que jamás ha salido de su casa, donde no hay cosa que no conozca muy bien, hasta el último escondrijo de ella, la escalera secreta, etc., pero, fuera de su casa, todo es para él extraño y desconocido". Al recordar esta claridad de SCHOPENHAUER, distamos mucho más todavía que él de rebajar en nada la prodigiosa actividad de los sabios naturalistas. En la vasta extensión que hoy ha logrado recorrer esta ciencia, y en el considerable número de los que se creen llamados á cultivarla, puede gloriarse nuestra época de que en ninguna otra se han ocupado tantas inteligencias como ahora en cuestiones científicas. Pero también es cierto, que aquí precisamente, la limitación intelectual, el culto de la materia, la ineptitud respecto de los estudios de cosas puramente inteligibles, aquella presuntuosa ignorancia que quiere juzgar de todo sin entender nada, ó muy poco, y lo que es más general, la disposición contra todo lo que sobrepaja á los sentidos; por último, ese especialismo que con rasgos tan pronunciados ha pintado Schopenhauer, justo es confesar que desde que el mundo es mundo, nunca, como ahora, ha presentado tan crecido número de representantes.

Todavía debemos decir alguna palabra siquiera sobre el siguiente punto. El empirismo se presenta bajo la forma de la modestia y de la más atenta circunspección. Mostrándose de esta suer-

¹ *Parerga und Paralipomena*, 3.^a edic., vol. 2, pág. 520.

te en medio del laberinto y confusión presente, y de los debates y controversias de los filósofos, era natural que hiciere prosélitos entre los hombres que quieren conocer á fondo las cosas que son objeto de estudio y consideración formal. Por esta circunstancia precisamente, nos inclinamos á considerar al empirismo como el más funesto de los errores de la época actual. No menos radicalmente corruptor que los delirios de HÆKEL, el empirismo oculta la cadena de sus errores bajo la forma de prudente sobriedad y simpática moderación.—¿Quieres tú, dice, andar errante por espacios sin fin? Pero tienes tan cerca de ti el bien que buscas (el mundo que vemos y palpamos)!,—Si ahora observamos que esta modestia se impone muy fácilmente á gentes poco reflexivas, invitándoles á participar del dominio verdaderamente considerable que posee la inteligencia humana en el campo de las ciencias, no nos admiraremos de ver á ese funesto error apoderado del mundo.

§. IX

El valor de la ciencia de la naturaleza, lejos de sufrir detrimento, recibe mayores quilates con lo que hemos dicho hasta aquí.

33. Mas los que no quieran dar en el escollo del empirismo, justo es que asimismo eviten el escollo opuesto, ó sea aquel otro exclusivismo que consiste en desconocer el valor de los estudios experimentales. Los empiristas quieren cierta experiencia sin filosofía; mas la filosofía moderna, por su parte, quiere filosofía sola, ciencia *à priori*, nada más; sólo la antigua escuela defiende resultamente la filosofía que estriba en la sólida base del elemento empírico.

Sería por consiguiente una locura creer que la tesis relativa á la posibilidad, necesidad y realidad positiva de un orden de conocimientos superior al orden sensible, implica alguna manera de recelo y desconfianza contra la percepción y estudio experimental de los fenómenos del mundo visible. No por cierto: el valor de este elemento es indisputable. No se puede, en efecto, dudar, que el camino de la observación, de los ensayos experimentales, es el único que puede conducir á un conocimiento estable y permanente de los fenómenos naturales y de su coordinación y armonía. Podrá ser ese camino laborioso y prolijo, pero es el único seguro é indispensable. “No llegaremos, dice muy bien NÆGELI, á construir grandes sistemas y que unos á otros se combatan y destruyan; pero en cambio, podremos adquirir el simple conocimiento de hechos, que aunque acaso en sí mismos sean insignificantes, tienen valor propio y preparan el ánimo para el conocimiento de hechos nue-

vos. Así se aumenta el caudal de los hechos conocidos, lentamente por cierto, mas de un modo seguro. Un gasteropodo que va su camino derecho, al fin llega al término á donde se dirige, mientras que un orthoptero no se aparta un punto del lugar que ocupa por más saltos que da.. Con razón se ha dicho que la ciencia natural recibe mucha luz de la metafísica; pero también es cierto que no puede ser reemplazada en ningún punto por la metafísica. El metafísico levanta el vuelo allí donde se para la investigación del físico. El punto de contacto entre ambos consiste en que la metafísica mira como problemas suyos los mismos que las ciencias físicas presuponen, lo que sirve de fundamento á sus explicaciones; y en que á estas les señala aquella los límites dentro de los cuales deben moverse.

Aun para comprender más íntimamente las cosas naturales, es sobremanera útil observar diligentemente y conocer las leyes de la naturaleza. No hablamos ahora precisamente de las cuestiones capitales y fundamentales del orden metafísico. Así como la naturaleza ha puesto y ordenado las cosas de manera que sin ser uno profesor de fisiología, ni de química, puede conservar la propia vida vegetativa, así hemos sido constituidos en un estado mucho mayor todavía de independencia respecto de las ciencias naturales, en aquel orden superior de nuestra vida en que se contiene principalmente el conocimiento de Dios y la cuenta que hemos de darle algun día como á juez supremo del hombre. Dejando aparte que la filosofía no puede eludir la tarea de investigar y demostrar en todos sentidos el conjunto de verdades que nos son tan necesarias, preséntanse ante la consideración del filósofo un sin número de cuestiones que desde luego se ordenan á la profunda comprensión de este mundo universo. Como en el sonido material de la palabra entiende el que la oye el pensamiento del que la pronuncia, así también en las cosas de este mundo, el espíritu percibe un sentido muy profundo que no puede menos de descifrar. Esta interpretación del mundo visible proseguirá su curso con tanta mayor facilidad, y será tanto más comprensiva cuanto sea mayor el número de hechos que componga y armonice entre sí, y cuanto más copiosamente confirmada resulte la idea de que todas las dificultades que se ofrezcan contra ella, no son otra cosa que vanas apariencias. Cuanto más nos pone en comunicación con la naturaleza la respectiva ciencia por medio de hechos ciertos y precisos, tanto es mayor la claridad y plenitud con que presenta á los ojos de nuestro espíritu el problema de la metafísica. Y cuanto más íntimamente nos familiaricen las ciencias naturales con la grandiosa y sencilla economía del curso de la naturaleza, tanto mayor es la fuerza con que nos impele á investigar con el pensamiento el profundo sen-

tido de esta rica y estupenda dirección, y tanto mayor la luz que nos confirma en la recta penetración de este sentido. Apenas hay necesidad de recordar, que esa inteligencia y comprensión vasta y profunda de la naturaleza, es muy buena para esclarecer más y más aún aquellas verdades capitales que en el orden de nuestra vida toda, en los bienes y males que la acompañan, ejerce influjo decisivo. Por esta razón nos hallamos lejos de subscribir las palabras siguientes de A. de Humboldt, y menos al sentido que expresan: "La entera plenitud de las substancias de especies diferentes, consideradas en sus combinaciones y metamorfosis, en el espectáculo constantemente mudable de las fuerzas que se despliegan en él, presentan al ánimo la satisfacción y el gusto de la investigación, pone ante sus ojos el campo inmenso de la observación que comunica á las esferas intelectuales de la humanidad, mediante el desenvolvimiento y fuerza de la facultad de pensar, una parte de su grandeza sublime. El mundo de los fenómenos sensibles se refleja en las profundidades del mundo de las ideas; el reino de la naturaleza, el conjunto de las cosas externas distribuidas en tan considerable número de géneros y especies, se va trasladando sucesivamente al pensamiento".

34. Así como no se atribuye á falta en los ojos, por ejemplo, el no poder oír ni oler, así el negar que la ciencia de la naturaleza sea universal, no es hacerle ofensa ni censura alguna, ni mucho menos degradarla. Ella es la que á sí propia se degrada, y se hace digna de menosprecio, cuando quiere ser más, ó ser de otra manera de lo que, atendidos la naturaleza y el orden de las cosas, puede y debe ser. La ciencia de la naturaleza ha de ofrecer á los ojos del espíritu el mundo de los fenómenos, según la armonía que tienen entre sí, obedeciendo á sus respectivas leyes. Tal es su oficio, y en esto consiste su poder. Su dignidad se cifra en que no solamente es útil para dirigir las fuerzas de la naturaleza en pro de la industria y de las comodidades de la vida material, sino principalmente para llegar á conclusiones especulativas sobre las causas últimas de las cosas que se nos manifiestan en los fenómenos naturales, como efectos de ella que son.

"Así como las cosas que han sido hechas con arte, dice Santo Tomás de Aquino, representan el arte mismo que las hizo, pues á semejanza suya fueron hechas, así la sabiduría de Dios se hace manifiesta en las cosas á que ha dado la existencia, según lo que se dice en el salmo CIII, 24: *omnia in sapientia fecisti*. Esta consideración mueve también á admirar el poder altísimo de Dios. Si los incrédulos cuando se sentían asombrados ante la fuerza y el poder

¹ Cosmos. Stuttgart, 1845. I vol. pág. 164.

de los astros y de los elementos de este mundo, hubieran pensado, conforme á la enseñanza del sabio, cuán poderoso debe ser el que ha creado el cielo y la tierra con todo lo que contienen, llenos de admiración y reverencia habrían exclamado con el Profeta (Jerem. X, 6, 7): *Magnum est nomen tuum in fortitudine: quis non timebit te, o rex gentium?* También persuade al amor de Dios la consideración de la naturaleza. Porque si lo que las criaturas tienen de buenas y hermosas y suaves, atrae y mueve á sí el corazón humano, ¿cuánto más no habremos de sentirnos inflamados y elevados cuando todas esas perfecciones, que en las criaturas están repartidas y aisladas, las contemplamos unidas en Dios como en su fuente? Finalmente, este conocimiento de la naturaleza pone en los hombres cierta semejanza de la divina perfección. Esta es la razón de la sabiduría que tiene Dios, que conociéndose á sí mismo, conoce también en sí mismo todas las demás cosas. "Y no sólo para la perfecta instrucción de la verdad, continúa el Santo Doctor, sino para destrucción del error, aprovecha el estudio y consideración de la naturaleza. En primer lugar, los que conocen las criaturas, sabiendo cuáles son sus propiedades, y por consiguiente, que el sér de ellas es dependiente, no las confundirán con Dios, pensando neciamente que no hay cosa alguna fuera de este mundo visible; ni los que comprenden la naturaleza de las criaturas, les atribuirán lo que conviene sólo á Dios. Entendiendo rectamente las naturalezas criadas, se evitarán además muchos errores sobre los efectos de Dios en el mundo. Por último, el conocimiento de la naturaleza es además necesario al hombre, porque conforme á él juzga rectamente del lugar que ocupa en el universo, y no admite opinión alguna que se oponga á su dignidad. Por donde se ve, concluye Santo Tomás, cómo sería un error creer que nada importa lo que se piense de las criaturas con tal que se sienta rectamente de Dios".

Con esto resulta ya claramente cuál es el verdadero concepto que debemos formar sobre este punto. Del cual se infiere, que el conocimiento de la naturaleza, no obstante los límites que le cifien como á ciencia natural, todavía es útil, y aun necesario, al estudio ó consideración especulativa que sobrepuja al conocimiento de los fenómenos de la naturaleza y de las cosas naturales. En esto consiste principalmente la mayor importancia de la ciencia de la naturaleza, que no en encerrarse en su seno, como algunos dicen neciamente, todo género de conocimientos. Su ambición en este punto sería tan vana, como es amplio y positivo su poder tratándose del conocimiento de los fenómenos.

¹ Contra Gen. I, L. 2, c. 2 y 3.

Cuanto á la Filosofía natural ó Metafísica de la naturaleza, erraría ciertamente el que le negase el carácter de ciencia por no estar al alcance del físico como tal. "La Metafísica, gritan los empiristas, es un problema para los hombres, una ciencia para inteligencias sobrehumanas." Pero nosotros, reformando esa frase, debemos decir: "La Metafísica es un problema para el físico, y una ciencia para el filósofo."



CAPÍTULO II

La existencia de la filosofía natural, puesta en duda por algunos filósofos.

§. 1

Concepto del empirismo filosófico.

35. La especie de corriente empirista de que hemos hablado, cuenta [sus adeptos, no solamente entre físicos, naturalistas, etc., sino también en el recinto del pensamiento puro, allí donde el espíritu más grave y solemne del siglo tiene en estado de incubación vastos sistemas que abrazan al universo mundo: en la Filosofía.

[Filosofía! Al ser proferida esta palabra, un sentimiento de disgusto y menosprecio se deja entrever en muchos. Una de las cosas en que nuestro siglo hasta hace poco se declaró en contradicción con el siglo anterior, es en la ninguna estima que hace de la filosofía. Cien años ha, no había hombre alguno docto que no quisiera ser filósofo, y que no buscase con ansia cualquiera capítulo en que se filosofara; pero después se ha sentido, y hoy particularmente se siente, verdadero pavor en presencia de todo lo que se llama *filosofía*. En nuestros días no se intenta ya en nombre de la *filosofía* labrar la dicha de la humanidad, ni se miran las revoluciones que cambian la faz de los pueblos, como triunfos de la filosofía: ambas cosas pertenecen á la historia del pasado siglo; pero en cambio, continúa siendo el mejor termómetro de las corrientes de la época, y como dice el más celebrado de los filósofos de hoy día (Hartman), á cuyas palabras subscribimos, "la Filosofía, como el último tema de las ideas que contiene un período de cultura, representa fidelísimamente el horizonte intelectual de una división del tiempo, dentro de un cuadro sucinto y manual." La Filosofía es la ciencia que hace ciencias á las demás, comunicándoles su propio aliento;